

LA TEORÍA PULSIONAL DE SIGMUND FREUD (1856-1939)

La teoría de las pulsiones es, por así decirlo, nuestra mitología. Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación.

[(Sigmund Freud: *Más allá del principio del placer* (1920)]

INSTINTOS Y PULSIONES

Freud utiliza los términos *Instinkt* y *Trieb*, términos que muchos autores traducen como "instinto". Sin embargo, no significan exactamente lo mismo. Freud emplea el término *Instinkt* para referirse a los instintos en el sentido ordinario: a los apetitos innatos y específicos o comunes a todos los individuos de una especie. Con el término *Trieb* ('pulsión' o 'impulso') Freud se refiere a la fuerza que empuja al sujeto hacia una persona, representación u objeto.

Freud propuso primero la existencia de dos grupos de instintos, **los instintos del yo** o instintos de conservación y los **instintos sexuales** o libido.

Pero posteriormente consideró que los instintos de conservación son la expresión de la libido hacia el propio individuo, por lo que sólo existiría la **libido como pulsión básica**.

Finalmente, a partir de 1920, modificó de nuevo su teoría proponiendo la pulsión de vida (**Eros**) y la pulsión de muerte (**Thánatos**) como las pulsiones básicas del psiquismo humano.

PRIMERA FORMULACIÓN DE LA TEORÍA PULSIONAL (1905-1914)

Freud contrapone las pulsiones sexuales, cuya energía se denomina *libido* y representan los intereses de la especie, a las pulsiones de autoconservación, cuya energía es el *interés* y representan las necesidades ligadas a las funciones corporales indispensables para la conservación de la vida, cuya función es resguardar los intereses del individuo.

A partir de 1910, Freud introduce la noción de *pulsiones del Yo*, hasta entonces denominadas *pulsiones de autoconservación*. Los fines de la pulsión sexual son la obtención de placer sexual, y los fines de las pulsiones del Yo son la autoconservación individual.

En esta primera formulación, Freud no da cuenta todavía de los impulsos agresivos. Fue Alfred Adler quien en 1908 introdujo el concepto de *pulsión agresiva*, pero Freud rechazó la existencia de una sola pulsión agresiva específica, ya que la agresividad caracteriza a toda pulsión. Cada pulsión

tiene su actividad, que puede convertirse en agresividad como componente parcial de toda pulsión. El componente agresivo de la pulsión sexual le confiere a esta pulsión un cierto carácter *masculino* en ambos sexos. La pulsión de dominio es una pulsión independiente que se puede unir a la pulsión sexual. La común pulsión común de dominio al servicio de la pulsión sexual "la llamamos sadismo", cuyo fin es dominar al objeto por la fuerza. El sadismo es un componente parcial agresivo de la pulsión sexual y es característico de la fase anal-sádica. Cuando el sadismo se vuelve contra el propio sujeto, es entendido como masoquismo.

En la primera teoría pulsional, Freud concibe la agresividad como un elemento básico de toda pulsión, pero ocupa un lugar secundario en el conflicto psíquico, como refuerzo tanto de las pulsiones sexuales como de las pulsiones del Yo.

SEGUNDA FORMULACIÓN DE LA TEORÍA PULSIONAL (1914)

En la publicación de *Introducción del narcisismo* (1914) formula Freud su segunda teoría pulsional, introduciendo una subdivisión en las pulsiones sexuales en función de su objeto de elección: la libido del Yo o libido narcisista (el destino de la libido es el propio Yo) y libido objetal (el destino de la libido es un objeto externo). La energía de las pulsiones del Yo conserva el nombre de *interés* del Yo o simplemente *interés*. Si la libido invierte al Yo, sus efectos resultan indiferenciables de las pulsiones del Yo o *interés*. La pulsión de autoconservación puede ser referida al amor a sí mismo, es decir, a la libido del Yo. La oposición entre la libido narcisista y la objetal es la base del conflicto psíquico: El interés de la libido narcisista es proteger la integridad del Yo, reprimiendo las representaciones ligadas a la pulsión sexual objetal.

Ahora se puede distinguir las neurosis de transferencia (la libido carga objetos imaginarios) de las neurosis narcisistas o psicosis (la pulsión sexual toma como objeto al Yo). El Yo es representante de la persona total.

En 1915 (*Tres ensayos sobre una teoría sexual*), hace cambios en su concepción de la agresividad. Concibe el odio como anterior al amor. El odio tiene su origen en las pulsiones del Yo, cuando éstas rechazan al mundo exterior como representante de lo desagradable. La agresión de la etapa anal-sádica es otra fuente de agresión que se suma a las pulsiones del Yo. En la etapa oral, Freud ve también elementos agresivos.

La introducción del concepto de narcisismo y la postulación de una carga sexual en el Yo desestabiliza la oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones del Yo (autoconservación) formuladas en la etapa anterior. Ahora Freud pone el acento en la contraposición entre libido del Yo y libido objetal. En esta contraposición, ambas pulsiones son de naturaleza libidinal, lo que resta interés a la oposición formulada en la etapa precedente.

Freud ve en los trastornos psíquicos un conflicto de fuerzas o tendencias, por eso mantuvo siempre una concepción dual de las pulsiones: las tendencias básicas en oposición son las que fundamentan el conflicto psíquico.

TERCERA FORMULACIÓN DE LA TEORÍA PULSIONAL (1920)

La introducción del concepto de pulsión de muerte obedece a una necesidad teórica que Freud estimó ineludible, no obstante, algunos autores consideran decisivos los elementos biográficos, sociales y personales, que rodearon la vida del autor en este período. Las fuerzas destructivas desplegadas durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) sirvió de telón de fondo a la idea freudiana de la pulsión de muerte. "Me siento inconmovible aún y listo para cualquier emergencia, pero esto sólo en el plano del sentimiento, porque mi razonamiento se inclina más bien al pesimismo." En 1920, muere Anton von Freund, paciente y amigo de Freud, a quien sentía muy cercano. Apenas sepultado Von Freund, Freud recibió la terrible noticia de la grave enfermedad de su hija Sophie, quien, víctima de la gripe española, murió en 1920 a la edad de 26 años. Freud intentó evitar la asociación entre la muerte de su hija y sus nuevos planteamientos, temiendo que esta relación quitara peso teórico a sus postulados. Aunque estos acontecimientos hayan podido influir en el ánimo de Freud, hay que considerar que Freud, en los diecinueve años posteriores a la formulación de su teoría pulsional definitiva, sostuvo permanentemente esta posición.

El origen de la pulsión de muerte se encuentra en la *Introducción del narcisismo* (1914) que desestabiliza el anterior *dualismo pulsional*, la oposición de "pulsiones que sirven a la sexualidad, a la obtención del placer sexual" y "pulsiones del yo, que tiene por objeto la autoconservación del individuo". La introducción del concepto del *narcisismo* obliga a concebir una carga sexual del Yo. La libido del Yo y la libido de objeto se encuentran ahora agrupadas en el interior de las "pulsiones de vida", que tienden a constituir unidades cada vez más bastas. El conflicto es ahora entre la pulsión de vida (construcción y evolución) y la pulsión de muerte (destrucción y nirvana).

En *Más allá del principio del placer* (1920), Freud plantea su tercera y definitiva concepción de la vida pulsional. Esta obra, altamente especulativa y filosófica, introduce cambios radicales en la explicación de los factores últimos de los procesos psíquicos y del sentido de la vida humana. Las nuevas tesis de Freud fueron aceptadas con reticencias por muchos de sus discípulos y rechaza por otros. Al principio, Freud las había propuesto como meras hipótesis, sin embargo, persistió y en sus obras posteriores las convirtió en el fundamento definitivo de su interpretación del psicoanálisis.

Es posible que Freud se viera ante la dificultad de comprender el origen de la agresividad dentro de la concepción pulsional de la fase anterior, que se acercaba bastante a una concepción unívoca de la energía pulsional. Ahora ve la agresión como una fuerza totalmente autónoma en su origen, opuesta tanto a la pulsión sexual como a las anteriormente llamadas "intereses del Yo". En lo sucesivo se reconocerá a las fuerzas destructivas el mismo poder que a la sexualidad.

La tercera teoría pulsional será la definitiva: la oposición entre la pulsión de muerte y la pulsión de vida abarcará el conjunto de pulsiones descritas las dos etapas anteriores.

«La antítesis entre las pulsiones de autoconservación y las de conservación de la especie, así como la antítesis entre el amor al Yo y el amor a los objetos, quedan incluidos en Eros.»

Freud formula sus hipótesis para intentar comprender situaciones y hechos extraños de la vida psíquica. Tales *hipótesis* originan construcciones artificiosas (el Ello, el Yo, el Superyó, Eros, Thánatos) que tienen que convalidar su utilidad en la comprensión de los nuevos fenómenos.

Freud afirma en *Más allá del principio del placer* (1920) que toda pulsión en cuanto tal es en sí pulsión de muerte: tendencia a retornar a un punto de reducción completa de la tensión, a un estado anorgánico.

«El fin último hacia el que tiende todo lo que es orgánico debe ser un estado antiguo, un estado inicial que el ser viviente abandonó antaño y al cual tiende a volver a través de todos los rodeos del desarrollo. [...] La meta de toda vida es la muerte. [...] Lo inanimado estuvo antes que lo animado. La tensión generada en la antes inanimada materia intentó nivelarse, apareciendo así el primer instinto: el de volver a lo inanimado.»

Por la acción de diversos factores y circunstancias, que la ciencia puede investigar, apareció la vida como una *tensión excepcional* dentro de la materia inorgánica. Los fenómenos vitales pueden prolongarse por un cierto tiempo, puede haber fases de crecimiento y desarrollo, pero su tendencia *natural* e inexorable es el retorno hacia el punto de partida: lo muerto, lo inanimado, lo inorgánico. Según Freud, aunque parezca paradójica, los instintos de conservación y de poder del individuo tienen como último sentido y objetivo el facilitar el camino hacia la muerte y si “conservan” la vida, es solo para “mantener alejadas todas las posibilidades no inmanentes de retorno a lo inorgánico. El organismo no quiere morir sino a su manera”.

Cada ser viviente tiene desde el nacimiento trazado el curso de su trayectoria vital y no por el influjo del “hado” o por un “destino” determinado, sino porque el vivir es un estado excepcional de la materia, con un carácter intrínseco: una duración más o menos larga. El sentido de la conservación no es la perduración indefinida, sino el cumplimiento de una trayectoria vital. Cuando esta trayectoria llega a su término, la muerte significa su culminación natural. El fenómeno de la evolución, que parece otorgar a la vida energías creadoras que pudieran facilitar la salida de la tendencia conservadora, tiene en realidad un sentido poco poético. Cada etapa evolutiva es debida al rodeo más amplio, la complejidad mayor que el organismo ha tenido que dar ante un obstáculo nuevo que ha aparecido, es la mutación: La vida no es exuberante, no lleva por sí mismo a los individuos a niveles “superiores”, solo utiliza recursos para evitar dificultades y no perecer.

La muerte como meta de la vida es el retorno de la vida a su estado inanimado originario, por lo que la pulsión de muerte es la fuerza interna de la vida que persiste en su retorno a lo inanimado. El principio del placer no deja de estar al servicio de la pulsión de muerte, en el sentido de que su propia tensión (placer/realidad) permite al organismo dar los rodeos necesarios para cumplir con su propia meta: "el organismo sólo quiere morir a su manera".

Según Freud, en el origen de la vida los organismos habrían tenido una capacidad de vida muy limitada, permaneciendo más tiempo cerca de lo inanimado que de lo animado, por lo que la vida tenía que ser "recreada siempre de nuevo", para morir con "facilidad cada vez", siguiendo el ciclo de repetición originaria del organismo. Pero este ciclo originario es retenido por las "pulsiones conservadoras", las pulsiones de muerte, que buscan retrotraer al organismo a su estado originario inanimado.

«El principio de nirvana, que corresponde a la pulsión de muerte, sufrió en el ser vivo una modificación que lo transformó en principio del placer, no siendo difícil adivinar de qué poder proviene esta modificación. No puede tratarse más que de la pulsión de vida, la libido, la que de tal modo se ha conquistado un lugar al lado de la pulsión de muerte en la regulación de los procesos vitales.»

Ahora bien, esta "propiedad general" de la pulsión Freud no la formula como el descubrimiento de un hecho o una serie de hechos nuevos, más bien es la afirmación de una constelación o red de hechos, ya conocidos desde hace tiempo en el trabajo con los pacientes, este conjunto de hechos impone la hipótesis metapsicológica de la "pulsión de muerte".

«En la teoría psicoanalítica, admitimos sin vacilar que el principio del placer regula automáticamente el flujo de los procesos psíquicos. [...] La compulsión a la repetición hace volver experiencias del pasado que no traen consigo ninguna posibilidad de placer y que incluso en su momento no pudieron aportar satisfacción, ni siquiera a las mociones pulsionales ulteriormente reprimidas. [...] Tales observaciones, extraídas del comportamiento en la transferencia y del destino de los hombres, nos alientan a admitir que existe efectivamente en la vida psíquica una compulsión de repetición que se ubica por encima del principio del placer. Por esto nos inclinamos a relacionar con esta compulsión los sueños de la neurosis de accidente y el impulso a jugar en el niño.»

Un hecho central, observado hace mucho tiempo en la clínica, es el fenómeno de *compulsión de repetición*: la tendencia a repetir una situación dolorosa, el paradójico placer de repetición compulsiva.

«La compulsión a la repetición nos aparece como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio del placer que ella destrona.»

En *Mas allá del principio de placer* (1920), Freud describe, como ejemplo emblemático de la repetición, el famoso *juego del carretel* que observó en su nieto de dieciocho meses.

«Este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de una cama, todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance, de modo que no solía ser tarea fácil juntar sus juguetes. Y al hacerlo profería, con expresión de interés y satisfacción, un fuerte y prolongado "iooooooh!", que no era una interjección, sino que significaba "Fort" ('se fue' / 'desapareció'). Caí en la cuenta de que se trataba de un juego y que el niño no hacía otro uso de sus juguetes que el de jugar a que se iban. Un día el niño tenía un carretel de madera atado con un hilo. No se le ocurrió arrastrarlo tras sí por el piso para jugar al carrito, sino que, con gran destreza, arrojaba el carretel, al que sostenía por el hilo, tras la barandilla de la cuna, el carretel desaparecía y el niño pronunciaba su significativo io-oo-oh!, y después tirando del hilo volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un jubiloso "Da" ('aquí está'). Ese era, pues, el juego completo el de desaparecer y volver.

La interpretación del juego coincidía con el gran logro cultural del niño: su renuncia pulsional (renuncia a la satisfacción pulsional) de admitir sin protestas la ausencia de la madre, de la que se resarcía escenificando por sí mismo con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar. El niño convirtió en juego esa vivencia penosa. En la vivencia era pasivo, era afectado por ella; ahora se ponía en un papel activo repitiéndola como juego, a pesar de que fue desagradable.»

En su *Análisis terminable e interminable (Die endliche und die unendliche Analyse, 1937)*, seguido de *Construcciones en el análisis*, Freud afronta los efectos de la pulsión de muerte desde el punto de vista de la llamada "reacción terapéutica negativa", una forma de resistencia radical a la curación, descubierta años antes. Freud observó un tipo de resistencia al tratamiento psicoanalítico especialmente difícil de resolver consistente en un agravamiento de la sintomatología en el paciente cada vez que, a partir del progreso del análisis, cabría esperar una mejoría. Freud describe este proceso y propone la existencia de un sentimiento de culpabilidad inconsciente a la base de él. Tres años después, relaciona la reacción terapéutica negativa con una forma de resistencia del Superyo. En 1930 Freud llegó a la conclusión de que, en la profundidad, detrás de todo sentimiento está la pulsión de muerte.

Freud escribe que durante el tratamiento analítico no hay impresión más fuerte de las resistencias que la de una fuerza que se defiende por todos los medios contra la curación y a toda costa quiere aferrarse a la enfermedad y el padecimiento. A una parte de esta fuerza se la individualiza como conciencia de culpa y necesidad de castigo y se la localiza en la relación del yo con el superyó. Se trata de la parte psíquicamente ligada por el Superyó. Pero pueden estar operando parte de esa fuerza no ligada, el masoquismo. Estos fenómenos apuntan a la presencia en la vida anímica de una pulsión de destrucción derivada de la pulsión de muerte originaria.

Laplanche y Pontalis sugieren que uno de los motivos que condujo a Freud a la hipótesis del masoquismo primario fue justamente la observación del fenómeno clínico de la reacción terapéutica negativa. Con la introducción de

la pulsión de muerte Freud plantea la existencia de un masoquismo primario.

En *La escisión del yo en el proceso de defensa* (1938) [*Die Ichspaltung im Abwehrvorgang*] escribe Freud:

«Supongamos que el yo de un niño se halla bajo el influjo de una exigencia instintiva poderosa que se halla acostumbrado a satisfacer y que súbitamente es asustado por una experiencia que le enseña que la continuación de esta satisfacción traerá consigo un peligro real casi intolerable. Debe entonces decidirse: o bien por reconocer el peligro real y renunciar a la satisfacción instintiva, o bien por negar la realidad y pretender convencerse de que no existe peligro, de modo que pueda seguir con su satisfacción. Así, hay un conflicto entre la exigencia del instinto y la prohibición por parte de la realidad. Pero en la práctica el niño sigue ambos caminos simultáneamente. Replica al conflicto con dos reacciones contrapuestas y las dos válidas y eficaces. Por un lado, con la ayuda de ciertos mecanismos rechaza la realidad y rehúsa aceptar cualquier prohibición; por otro lado, al mismo tiempo, reconoce el peligro de la realidad, considera el miedo a aquel peligro como un síntoma patológico e intenta, por consiguiente, despojarse de dicho temor. Las dos partes en disputa reciben lo suyo: al instinto se le permite seguir con su satisfacción y a la realidad se le muestra el respeto debido. Pero todo esto ha de ser pagado a costa de una *escisión del Yo* que nunca se cura, sino que se profundiza con el paso del tiempo. Las dos reacciones contrarias al conflicto persisten como el punto central de una escisión del yo.»

Lo sorprendente es que el conflicto no se produce aquí entre el yo y *lo otro* (el Ello), sino entre el yo y sí mismo, *en tanto que otro*.

En *Inhibición, Síntoma y Angustia* (1926), *Hemmung, Symptom und Angst*, Freud se refiere a la reacción terapéutica negativa como la quinta resistencia, perteneciente al superyó, como una de las más oscuras, que parece brotar de la conciencia de culpa o necesidad de castigo, se opone a todo éxito y, por tanto, también a la curación mediante el análisis.

Freud recuerda la paradoja suprema del descubrimiento psicoanalítico: «En verdad, no hay cosa para la cual el hombre, por su organización, sea menos apto que para el psicoanálisis.» [Carta a Ludwig Binswanger, del 28 de mayo de 1911]

«La vida de los organismos presenta una especie de ritmo alternante: un grupo de instintos avanza precipitadamente para conseguir de la manera más rápida posible, el objetivo final de la vida; el otro, después de haber alcanzado cierta etapa de este camino, vuelve hacia atrás para recomenzar el mismo curso, siguiendo el mismo trayecto, cosa que tiene por efecto prolongar la duración del viaje.»

El hombre no tiene un impulso natural o tendencia a la perfección, que lo lleve a alcanzar "un grado elevado de función espiritual y de sublimación ética", que hiciera a la humanidad esperar el advenimiento del

“superhombre”. Si se observa en una “minoría de seres humanos” un impulso a una mayor perfección esto se debe a una mayor *represión* de sus pulsiones. El afán insaciable se explica porque la satisfacción alcanzada por la tendencia que ha sustituido a la reprimida no llega nunca a colmar las ilusiones de la pulsión originaria.

Lo mismo cabe decir de los valiosos logros alcanzados en la civilización humana. El llamado *progreso* es la serie gradual de los caminos indirectos que se han tenido que seguir, el anhelo *fáustico* que caracteriza al mundo occidental.

«En adelante, el registro biológico se ha convertido para Freud en un orden propio, irreductible al campo físico-químico, y ese orden está caracterizado por la dimensión de la *historia*. De modo que Freud tomó distancia respecto de la concepción físico-fisiologista de la pulsión mediante un pasaje decidido al darwinismo. La teleología puede entonces penetrar el mundo pulsional, de modo que las pulsiones se definirán en adelante más por su *finalidad* que por su cantidad (ciclo tensión-descarga). De la estructuración fundamentalmente “mecanicista” del pensamiento freudiano subsiste la idea de una inercia esencial del ser vivo, que solo avanza porque el camino de retorno está cerrado para él. Al pasar del registro psíquico al registro panbiológico, esta convicción acerca de la no creatividad adquiere por otra parte una profunda significación que materializará el concepto de pulsión de muerte.» [Paul Bercherie: *Génesis de los conceptos freudianos*. Buenos Aires: Paidós, 1988, p. 404-405]

Esta nueva concepción de Freud significó un punto de inflexión en la concepción pulsional y en el psicoanálisis en general y ha revolucionado la comprensión de los fenómenos agresivos en la vida mental. Después de Freud, este concepto continuó plenamente vigente y se convirtió en fuente de debate permanente entre las distintas escuelas psicoanalíticas. Desde el punto de vista clínico se ha relacionado estrechamente al narcisismo, especialmente a sus formas más malignas, con el predominio de lo tanático sobre lo libidinal.

EROS Y THÁNATOS

La pulsión de muerte o Thánatos nace en contraposición a la pulsión de vida o Eros. Thánatos es el impulso inconsciente y generador de excitación orgánica que aparece como la tendencia del ser humano a retornar al reposo absoluto, al nirvana, a la búsqueda la propia muerte y desaparición. La pulsión de muerte o Tánatos, representa la tendencia fundamental de todo ser viviente a regresar a su origen, al estado inorgánico del que emergió, a través de la reducción completa de las tensiones. Es como una necesidad primaria que tiene lo viviente de retornar a lo inanimado.

Mientras que el Eros busca unir y conservar la vida, además de satisfacer la libido, Thánatos busca satisfacer los impulsos agresivos y destructivos, teniendo por objetivo la desunión de la materia y la devolución al estado inorgánico. Thánatos se manifiesta en forma de agresividad. Mientras Eros

es una fuerza que genera dinamismo, Thánatos se caracteriza por generar retirada y búsqueda de reposo a menos que se asocie al erotismo.

Eros se guía por el principio del placer; Thánatos, por el principio del Nirvana. Thánatos no se guía por el principio de placer, como Eros, sino por el principio del Nirvana (ausencia total de dolor y de deseos): busca la disolución de la excitación no para encontrar placer en la solución de los conflictos, sino para hallarlo en la disolución y la vuelta al estado inorgánico. El Eros o energía vital libidinosa facilita la unión y la acción, el Thánatos tiende a mostrarse de manera indirecta a través de la proyección, de la agresión o de la no acción.

Eros y Thanatos interactúan continuamente entre sí, si bien como fuerzas opuestas: Eros es una fuerza de unión y Thánatos de desunión. La pulsión de muerte, cuando se fusiona con el Eros, gran parte de su energía se manifiesta hacia el exterior en forma de agresividad.

INTERACCIÓN ENTRE EROS Y THÁNATOS

Tanto la pulsión de vida como la de muerte, aunque se presentan en un continuo conflicto, las dos son necesarias para la supervivencia del ser humano.

La pulsión de muerte permite al sujeto separarse de los objetos o personas y no identificarse con ellos. Esto permite que el individuo conserve su individualidad, su sí mismo (Selbst / self). Además, la pulsión de muerte es importante en la resolución del complejo de Edipo, fomentando aspectos libidinosos y agresivos hacia los padres. La pulsión de muerte es determinante en situaciones donde está en juego la lucha por la supervivencia (autodefensa).

La interacción entre Eros y Thánatos se manifiesta también en el momento del orgasmo sexual: mientras Eros busca la satisfacción erótico-sexual en la descarga de la tensión pulsional, tras esta descarga de energía sexual, vuelve el reposo con cierto componente agresivo.

El psicoanalista francés Jacques Lacan (1901-1981) identifica la pulsión de muerte con la idea de goce, de satisfacción ante lo que generalmente debería causarnos desagrado. Así se explica la satisfacción que pueden causar la venganza, el sadismo o incluso el sufrimiento sea propio o ajeno.

PATOLOGÍA DE LA PULSIÓN DE MUERTE

Según Freud, a la pulsión de muerte estarían ligados: el concepto de culpabilidad, la perseverancia de conductas contrarias a la salud, la compulsión a la repetición de actos desagradables, la autoagresión, diferentes tipos de conductas compulsivas, la resignación ante la vida, la desesperanza, la abulia, todas las formas de claudicar ante las situaciones adversas, las actitudes masoquistas, conductas o fantasías autolesivas como hacer algo que perjudica la salud del sujeto.

EROS Y THÁNATOS EN LA MITOLOGÍA GRIEGA

Eros es, en el panteón griego, el dios del amor, la vitalidad y la pasión amorosa. Es hijo de la diosa del amor Afrodita y del dios de la guerra Ares. Según Platón (*El banquete*), es el hijo de la diosa de la pobreza Penia y el dios de la abundancia Poros.

Thánatos es el dios de la muerte no violenta, hijo de la diosa de la noche Nix y del de la oscuridad, Érebo (dios gemelo de Hipnos, dios del sueño), era el encargado de que se cumpliera lo que habían decidido las *Moiras* (del griego Μοῖραι Moîrai 'repartidoras') sobre el destino de los humanos cuando les llegara la muerte. Las *Moiras* eran las personificaciones del destino. Sus equivalentes en la mitología romana eran las *Parcas* o *Fatae*. La palabra griega moira (μοῖρα) significa indistintamente 'destino', 'parte', 'lote' o 'porción', en referencia a su función de repartir a cada mortal la parte de existencia y de obras que le corresponden en el devenir del cosmos. Controlaban el metafórico hilo de la vida de cada ser humano desde el nacimiento hasta la muerte, y aún después en el Hades.

En el mito griego de Eros también refleja claramente la interacción y el conflicto entre Eros y Thánatos, entre la energía vital y la destructiva, lo que dio pie a Freud para ver reflejado este conflicto en la psique humana.

La muerte de la ninfa Ninfea

Según el mito griego, Eros, dios del amor, solía acercarse a la diosa Artemisa (diosa de la caza, así como de la virginidad) y a las ninfas (también virginales). La diosa de la caza lo rechazaba con sus flechas. Un día, Eros lanzó una de sus flechas de amor a la diosa para enamorarla, pero Artemisa esquivó la flecha, que atravesó el corazón de la ninfa Ninfea. La ninfa sintió gran deseo erótico y una enorme excitación sexual, que contradecía su condición de virgen y la castidad que le era propia. Para liberarse de este conflicto, la ninfa se lanza a las aguas de un lago con la intención de ahogarse. Eros intenta salvarle, pero es detenido por Thánatos, el dios de la muerte no violenta. Ninfea se ahogó.

Diana deploró el horrible destino de Ninfea, pero no permitió que su cuerpo se sumergiera. Sobre las ondas del agua, lo hizo flotar, y lo convirtió en el primer nenúfar blanco (*Nymphaea alba*), de una blancura brillante, con un tallo majestuoso de anchas hojas verdes. Desde entonces, las aguas que rodean al nenúfar son tranquilas y calmas.

Quiso Diana que, puesto que Ninfea había calmado los fuegos de la pasión del hijo de Venus en el frío elemento del agua, así mismo el nenúfar tuviera la propiedad de calmar, y de embotar los sentidos para no entregarse a los ardores de la voluptuosidad.

Desde ese tiempo, las ninfas no temen ya a las flechas de Cupido, pues el humilde nenúfar las protege y les sirve como antídoto a los ataques del Amor.

CONCLUSIÓN

«Desde la introducción del concepto de *narcisismo*, Freud se encontró siempre confrontado con la “la cuestión siguiente: si las pulsiones de autoconservación son también de naturaleza libidinal, quizá no haya en absoluto más pulsiones que las libidinales” (*Análisis terminable e interminable*, 1937). ¿Cómo resistir a la crítica de Jung y mantener la conflictualidad fundamental del psiquismo? [Para Jung, la libido es el conjunto de energía vital indiferenciada, contra la concepción freudiana de una energía predominantemente sexual, que es concentrada en distintas partes del cuerpo a lo largo del desarrollo psicosexual].

Alfred Adler, el otro disidente, justificaba la ubicación en primer plano de una pulsión de agresión, esencialmente egótica. Con la introducción de la pulsión de muerte, Freud liquidaba cuanto podía quedar de las discusiones suscitadas por los dos tróficos y de una vez por todas saldaba una vieja deuda. Aceptaba la objeción de Jung, la unidad de la libido, anulando su alcance en virtud de la introducción de una versión personal de la idea de Adler. El psicoanálisis fagocitaba así a sus propios desviacionistas, privándolos definitivamente del terreno en el que todavía podían polemizar. Sigue siendo cierto, por una parte, que la pulsión de muerte no es la agresión adleriana, y, por otra parte, que el estilo mismo de la conceptualización freudiana es digno de examen, puesto que ella está lejos de desprenderse simplemente de los materiales concretos y de las dificultades teóricas que integra.

En efecto, nunca antes Freud había construido sus concepciones teóricas más fundamentales reservando tal lugar a la “especulación”, empleando una “concepción que está muy lejos de caer de su peso y da la impresión de ser francamente mística”, sirviéndose de una idea que “no era posible seguir sin combinar varias veces lo que pertenece al orden de los hechos con lo que es puro producto del pensamiento, y consecuentemente sin alejarnos mucho de la observación”. Al término del razonamiento, debe reconocer sus dificultades: “Yo mismo no sé en qué medida creo en esto”.»

[Paul Bercherie: *Génesis de los conceptos freudianos*. Buenos Aires: Paidós, 1988, p. 409-410]

EL MITO PLATÓNICO DEL ANDRÓGINO

Este mito aparece en el *Banquete* de Platón, concretamente en el Discurso de Aristófanes.

Platón (428-347 a.C.), en sus diálogos sobre el amor conocidos como *El banquete*, pone en boca de Aristófanes el Mito del andrógino:

Aristófanes señala que hablará de un modo diferente a como lo han hecho anteriormente Pausanias y Erixímaco. Aunque sea cómico, oculta pensamientos profundos.

Cree que los hombres han ignorado la gran fuerza que desprende el Amor, ya que si no le hubieran elevado Templos y Altares para rendirle sacrificios. Nos define al amor como a un íntimo anhelo de restitución de una plenitud perdida, de reencuentro con un total. Uno mismo con el ser amado. Aristófanes nos narra una antigua leyenda sobre Efiltes y Oto, hijos de tesalio Aloeo, que encadenaron a Ares e intentaron escalar el cielo para derrocar a Zeus (Homero).

Expone que, en la antigüedad, la humanidad se dividía en tres géneros, el masculino, el femenino, y el andrógino (del griego Andros-Hombre y Gino-Mujer). Los seres que pertenecían a esta última clase eran redondos, con cuatro brazos, cuatro piernas, dos caras en la cabeza y, por supuesto dos órganos sexuales. Estaban unidos por el vientre. Eran seres tan terribles por su vigor y fuerza que se sintieron suficientes para atentar contra los dioses. Puesto que Zeus no podía destruir la raza humana, dado que ésta era la que adoraba a los dioses, los castigó partiéndolos por la mitad. Apolo los curó dándoles la forma actual que tienen ambos sexos, y más tarde pasó adelante sus "vergüenzas".

El Amor desde tiempos inmemoriales trata de unirlos, de manera que, cuando se encuentran se unen de tal forma que es para toda la vida, tratando cada uno de reunirse y fundirse con el amado y convertirse de dos seres en uno solo, de manera que tan solo podría alcanzar la felicidad nuestra especie cuando se dé el tiempo en que la mitad de la Humanidad se encuentre con su otra mitad. Cada mitad de un hombre y mujer primitivos se entregan a la homosexualidad en busca de su otra mitad, en tanto que, la mitad del andrógino se entrega a la heterosexualidad en busca de su otra mitad.

Corolario de Aristófanes: Todas las formas del Amor son verdaderas, sin embargo, Aristófanes afirma que el amor de un hombre a una mujer es inferior y el de un hombre hacia otro hombre superior y verdadero.

«En otro tiempo la naturaleza humana era muy diferente de lo que es hoy. Primero había tres clases de hombres: los dos sexos que hoy existen, y uno tercero compuesto de estos dos, el cual ha desaparecido conservándose sólo el nombre. Este animal formaba una especie particular, y se llamaba andrógino, porque reunía el sexo masculino y el femenino, pero ya no existe y su nombre está en descrédito.

En segundo lugar, todos los hombres tenían formas redondas, la espalda y los costados colocados en círculo, cuatro brazos, cuatro piernas, dos fisonomías, unidas a un cuello circular y perfectamente semejantes, una sola cabeza, que reunía estos dos semblantes opuestos entre sí, dos orejas, dos órganos de la generación, y todo lo demás en esta misma proporción. La diferencia, que se encuentra entre estas tres especies de hombres, nace de la que hay entre sus principios. El sol produce el sexo masculino, la tierra el femenino, y la luna el compuesto de ambos, que participa de la tierra y del sol. De estos principios recibieron su forma y su manera de moverse, que es

esférica. Los cuerpos eran robustos y vigorosos y de corazón animoso, y por esto concibieron la atrevida idea de escalar el cielo, y combatir con los dioses.

Zeus examinó con los dioses el partido que debía tomarse y se expresó en estos términos: 'Creo haber encontrado un medio de conservar los hombres y hacerlos más circunspectos, y consiste en disminuir sus fuerzas. Los separaré en dos, así se harán débiles y tendremos otra ventaja, que será la de aumentar el número de los que nos sirvan y marcharán rectos sosteniéndose sólo en dos piernas, y si después de este castigo conservan su impía audacia y no quieren permanecer en reposo, los dividiré de nuevo, y se verán precisados a marchar sobre un solo pie'.

En seguida mandó a Apolo que curase las heridas y colocase el semblante y la mitad del cuello del lado donde se había hecho la separación, a fin de que la vista de este castigo los hiciese más modestos. Hecha esta división, cada mitad hacía esfuerzos desesperados para encontrar la otra mitad de que había sido separada, y cuando se encontraban ambas, se abrazaban y se unían, llevadas del deseo de entrar en su antigua unidad, con un ardor tal, que abrazadas perecían de hambre e inacción, no queriendo hacer nada la una sin la otra. Cuando una de las dos mitades perecía, la que sobrevivía buscaba otra, a la que se unía de nuevo, ya fuese la mitad de una mujer entera, lo que ahora llamamos una mujer, ya fuese una mitad de hombre, y de esta manera la raza iba extinguiéndose.

Zeus, movido a compasión, imagina otra maniobra: poner delante los órganos de la generación, porque antes estaban detrás, y se concebía y se derramaba el semen, no el uno en el otro, sino en tierra como las cigarras. Zeus puso los órganos en la parte anterior y de esta manera la concepción se hace mediante la unión del varón y la hembra. Entonces, si se verificaba la unión del varón y la mujer, el fruto de la misma eran los hijos, y si el varón se unía al varón, la saciedad los separaba bien pronto y los restituía a sus trabajos y demás cuidados de la vida. De aquí procede el amor que tenemos naturalmente los unos a los otros, pues él nos recuerda nuestra naturaleza primitiva y hace esfuerzos para reunir las dos mitades y para restablecernos en nuestra antigua perfección. Cada uno de nosotros no es más que una mitad que ha sido separada de su todo, como se divide una hoja en dos. Estas mitades buscan siempre sus mitades.

Los varones que provienen de la separación de estos seres compuestos, que se llaman andróginos, aman las mujeres y la mayor parte de los adúlteros pertenecen a esta especie, así como también las mujeres que aman a los varones y violan las leyes del himeneo. Pero a las mujeres, que provienen de la separación de las mujeres primitivas, no llaman la atención los varones y se inclinan más a las mujeres.

Del mismo modo, los varones, que provienen de la separación de los seres, buscan el sexo masculino. Mientras son jóvenes aman a los varones y se complacen en dormir con ellos y estar en sus brazos. Son los primeros entre los adolescentes y los adultos, como que son de una naturaleza mucho más

varonil. Sin razón se les echa en cara que viven sin pudor, porque no es la falta de este lo que les hace obrar así, sino que, dotados de alma fuerte, valor varonil y carácter viril, buscan sus semejantes. Y lo prueba que con el tiempo son más aptos que los demás para servir al Estado.

Estos varones a su vez aman a los jóvenes, y si se casan y tienen familia, no es porque la naturaleza los incline a ello, sino porque la ley los obliga. Lo que prefieren es pasar la vida los unos con los otros en el celibato. El único objeto de los varones de este carácter, ya sea que amen o sean amados, es reunirse a quienes se les asemeja. Cuando el que ama a los jóvenes o a cualquier otro llega a encontrar su mitad, la simpatía, la amistad, el amor los une de una manera tan maravillosa, que no quieren en ningún concepto separarse ni por un momento.»
